

Documento 11

Malcolm X, la lectura como libertad

La mayoría de los que hoy me leen o me oyen hablar en público, en una conferencia o por televisión, se imaginan que fui mucho más allá de la escuela primaria. Ocurre simplemente que estudié en la cárcel.

En realidad, había empezado ya en la prisión de Charlestown, donde Bimbi me había impresionado con sus conocimientos. Él llevaba siempre la voz cantante en todas las discusiones y yo, por celos, quería imitarlo. Pero en todos los libros que intentaba leer había frases en las que una o incluso todas las palabras me eran desconocidas. Me sonaba a chino. Cuando al final llegaba a comprender las palabras, se me escapaba el sentido del libro. Al llegar a Norfolk, leía sin entender nada. Si hubiera continuado así, habría acabado por dejar de leer. Me faltaba un estimulante para la lectura.

Pensé en conseguir un diccionario para aprender palabras nuevas. Me di cuenta de que tenía que mejorar

«Bimbi» era el apodo de John Elton Bembry, uno de los compañeros de prisión de Malcolm X en Charlestown, la prisión estatal de Massachusetts. Bembry fue un hombre autodidacta que animó a Malcolm X a educarse a sí mismo.

Se refiere a la colonia penitenciaria de Norfolk, también en el estado de Massachusetts, donde Malcolm X fue trasladado a comienzos de la década de los cincuenta del siglo XX.

Malcolm X (1925-1965), nacido como Malcolm Little en Omaha, en el estado de Nebraska (EE.UU), y que posteriormente adoptaría el nombre de El-Hajj Malik El-Shabazz, tras su conversión al islam suní, fue un orador y activista en la lucha por la igualdad entre negros y blancos en Estados Unidos. Frente a la postura conciliadora de su coetáneo, Martin Luther King, Malcolm X adoptaría una posición más radical y anti-integracionista, si bien parece que algo suavizada en los últimos meses de su vida. Tras pasar una juventud errática como desvalijador de apartamentos, atracador, traficante de droga y proxeneta, fue encarcelado. Sería en prisión donde acabaría tomando conciencia de la causa racial, que combatiría durante el resto de su vida. Murió asesinado en Nueva York el 21 de febrero de 1965, mientras hablaba ante la Organización de la Unidad Afroamericana.

la letra. Era horrible, no conseguía escribir una línea derecha. Pedí un diccionario, cuadernos y lápices a la escuela de la colonia.

Durante dos días, hojeé todo el diccionario sin objetivo alguno. Nunca había pensado que existieran tantas palabras. No sabía cuáles aprenderme. Finalmente, para hacer algo, empecé a copiar.

Llené varias hojas con mi escritura lenta, apretada, desigual. Copié la primera página del diccionario. Creo que ese trabajo me llevó un día entero. Después lo releí en voz alta.

A la mañana siguiente, me desperté pensando en todas aquellas palabras, infinitamente orgulloso de haber escrito tanto de un tirón, palabras cuya existencia ni siquiera sospechaba. Haciendo un esfuerzo, llegué incluso a recordar su significado. Releí las que había olvidado. Cuando pienso en esa famosa página, la primera palabra que me viene a la memoria es «aardvark» (cerdo hormiguero). Había un dibujo que representaba a ese mamífero excavador africano, de cola y orejas largas, que se alimenta de termitas que recoge con la lengua, como el oso hormiguero atrapa a las hormigas.

Fascinado, seguí adelante. Copié la siguiente página. La estudié. A cada nueva página, conocía más los hombres, los lugares, los acontecimientos históricos. Un diccionario es una enciclopedia en miniatura. Cuando acabé la letra A pasé a la B. Al final, copié el diccionario entero. Con la práctica, avanzaba ya mu-

Muy cierto, aunque cabe añadir que una enciclopedia es el mundo en miniatura.

cho más rápido. Entre el diccionario y las cartas, creo que debí de escribir un millón de palabras en la cárcel.

A medida que mi vocabulario aumentaba, entendía mejor los libros. El buen lector sabrá comprender que aquello era un mundo nuevo para mí. Desde entonces y hasta que salí de la cárcel, pasé todos mis momentos libres leyendo en la biblioteca o tumbado en el camastro de la celda. Me resultaba imposible separarme de los libros. Así, pasé meses impregnándome de las doctrinas de Elijah Muhammad, escribiendo cartas, recibiendo visitas de Ella y de Reginald, y sobre todo leyendo. Llegué a olvidarme de que estaba preso. A decir verdad, nunca había sido tan libre.

Se refiere a Ella Collins y Reginald Little, dos de los hermanos de Malcolm X.

Alex Haley, Alexander Murrery Palmer Haley, fue un escritor estadounidense. Entre 1963 y 1965 mantuvo una serie de más de cincuenta entrevistas con Malcolm X, fruto de la cual saldría la *Autobiografía* a la que pertenece el fragmento que aquí reproducimos. El libro vio la luz en 1965, tras el asesinato del gran líder activista.

Malcolm X, *Autobiografía contada por Alex Haley*, Madrid, Capitán Swing, 2015, pp. 198-199

Traducción de César Guidini y Gemma Moral

Notas al margen del profesor

Elijah Muhammad, nacido como Elijah Robert Poole en 1897, en Georgia (EE.UU.), fue el líder de una organización religiosa y socio-política, fundada en 1930, llamada Nación del Islam, que perseguía como objetivo despertar la conciencia de la población afroamericana estadounidense mediante su adhesión a los preceptos de la religión musulmana. Fue por el influjo que ejerció sobre él esta organización como Malcolm cambió su apellido de nacimiento, Little, por el de X (la X, decía, simbolizaba el verdadero apellido africano que jamás podría llegar a conocer). Desde 1952, Malcolm X fue un destacado militante de la organización y mantuvo una estrecha colaboración con Elijah Muhammad. No obstante, el 8 de marzo de 1964, Malcolm X anunció que abandonaba Nación del Islam –aunque no su condición de musulmán– por las rígidas enseñanzas religiosas de esta.